

## LOS LIBROS

### NOVELA

THÉRÈSE DESQUÈYROUX, por *François Mauriac*.

Thérèse Desquèyroux (1) continúa la seriedad, la óptima intención humana y literaria del autor de «Genitrix», «Le desert de l'amour», «Proust» y «La recontre avec Pascal». En un corto prefacio, Mauriac, dejando a un lado su acento de novelista, habla al oído del lector directa, fervientemente. Muchos se espantarán—dice—que haya podido imaginar una criatura más odiosa todavía que mis demás héroes. ¿Pero, sabré jamás decir algo sobre aquellos seres brillantes de virtud, que viven con el corazón en la mano? Los corazones en la mano no tienen historia. Mas conozco sí la de los corazones nebulosos, hundidos en un cuerpo de barro.

Mauriac no es tan sólo el novelador de la pobre Thérèse Desquèyroux, es el testigo ocular de su vida, el historiador de sus sentimientos inconexos.

En verdad, esta nueva heroína puede parecer odiosa a los que creen

poseer un espíritu hecho con regla y tiralíneas, a los que esperan del escritor la pintura de un ser vestido con pasiones redondas o triangulares. Afortunadamente, el influjo de la ciencia moderna, en todo orden de cosas, ha penetrado el sentir de una gran mayoría y no se ve ya tanta extrañeza frente a estos buceos del intelectual en las regiones intermedias del alma humana cuya virginidad, fuente de luz, atestigua la ineficacia de ese tumulto de concepciones sistemáticas, ficticias e inánimes.

François Mauriac es la lógica en movimiento. Qué seguros nos adentramos en el luminoso encuentro con Pascal, de este hombre que, a su imagen y semejanza, logra darnos la sensación de una eterna y recóndita trayectoria, y que, como él, desbarata el viejo magisterio del principio y la finalidad como definitivos instrumentos de búsqueda, apoyando su palanca en la esencia de lo que es todo y apenas es.

¿Dónde comienzan nuestros actos? He aquí la pregunta que se formula el autor, haciendo un alto en la novela. ¿Dónde comenzaban los actos de Thérèse Desquèyroux, asesina del mejor de los maridos, del más dulce y fiel de los burgueses

---

(1) Edit. Bernard Grasset.—París, 1931.

provincianos, por pereza o hastío, por odio o hartazgo de tranquilidad?

Qué llano e iluminado de fuegos fatuos se divisa el panorama psicológico de la novela francesa desde Paul Bourget hacia atrás. Y esto—sin olvidar «El Discípulo» ni «La Etapa»—considerando a Bourget como una simple piedra de toque. Los que hacemos un poco de vida interior bien sabemos que Dios no nos ha «soplado» un alma lineal, sino un laberinto. Pero sabemos también que un laberinto no es una cárcel, sino un laboratorio donde se aguza el sentido de orientación para libertarnos. Nunca cesará de atraer el análisis del rayo de luz distintamente descompuesto en cada cuerpo. Y no hay que darse por vencido ni volver a tomar los viejos caminos que circundaban la selva. El hombre nuevo tiene que abrirse a hachazos las rutas de dentro y fuera.

Innumerables son los errores fomentados por las exageraciones de Freud, apóstol de la psicoanálisis. Decimos apóstol porque hay una verdadera secta freudeana, como la hay también proustiana. Pero si a veces nos vemos convertidos poco menos que en monstruos dentro de las conclusiones de este Freud que nos ata sin piedad al «Complejo de Edipo», tenemos también la plena seguridad que él, sus perfeccionadores o contradictores, nos han ayudado a franquear la puerta del caos. Revienta esta paradoja que fracasa súbitamente al meditar en la luz y la forma cósmica, salida del caos.

Es de por sí un complejo el pintor del complejo freudeano de Thérèse Desquèyroux; lo es el lector. Y si este desmenuzara, uno a uno, los móviles de sus actitudes, si pudiese aún mirar desde fuera su propio destino para escribir la novela de su vida en concomitancia con la sociedad, pareceríale tan inverosímil como la de Thérèse Desquèyroux. Es el estado más álgido de «la paja en el ojo ajeno». El desencadenamiento de una multitud de fantasmas densos y fugitivos, soterrados vivos durante siglos, sin poder morir, quizá sea la causa inmediata de nuestra actual inquietud. Hamlet no estaba loco, no.

«A la recherche du temps perdu», el «Ulyses» de Joyce y el gigantesco ciclo de Conrad son tres expresivos documentos que hablan más allá de sus tres épocas. Su valor se duplica cada día. Los escritores saben ya el secreto para alumbrar. Los que quieren ir a buscarlo fuera de sus posibilidades íntimas volverán con las manos vacías, tarde como las vírgenes necias a avivar su propia lámpara.

La luz de Proust es también calor, calor de piedad humana. Situada en el vértice de su comprensión, la justicia sería realmente justicia al indagar el mecanismo profundo de los hechos que, casi siempre, confronta con una pena que debió ser premio y viceversa. Los libros de Mauriac se resienten de esta piedad.

Thérèse Desquèyroux ocurre en Argelouse, un pueblo vecino a Burdeos. Su principal faena es la explotación de los pinos y la caza. El calor

es tan intenso en esta región de Francia que los bosques se incendian fácilmente. La resina espesa la atmósfera y sirve de combustible. En este ambiente sofocado Mauriac mueve a sus provincianos, desmontándoles el corazón como un experto relojero. Madame Desquèyroux vive envuelta en el humo de sus cigarrillos inagotables, como en un símbolo de su inconsciente. El estilo diamantino de Mauriac no logra en ocasiones traducir con fidelidad los estados de ánimo de su heroína, que son eternas «nuances». No es la primera vez que un personaje bien concebido traiciona a su creador. Sin embargo, explica el más arduo de los conflictos con una sutileza incomparable. Mauriac sabe componer sus obras como pocos.

«¡Señor, tened piedad de los locos y de las locas! ¡Oh Creador, pueden existir monstruos ante los ojos de aquél que sabe por qué existen, cómo se han hecho y cómo no habrían podido hacerse!»... Charles Baudelaire.

¿Cabe otro epígrafe en este libro de Mauriac? — *Carlos Vattier B.* —

VALPARAÍSO, LA CIUDAD DEL VIENTO,  
por *Joaquín Edwards Bello.*

Novela que parece autobiográfica, aunque seguramente no lo es sino en mínima parte. Toda obra artística tiene algo de autobiografía, aun aquellas en que el autor pretende colocarse en trono impersonal. Es imposible que el autor deje de condimentar en alguna forma su vida, sus impresiones, sus ideas, su alma lanzada al mundo

como un anzuelo a la pesca de ilusiones y realidades.

El hombre es un captador de experiencias. Desde su cuna hasta la muerte, no hace otra cosa, en su relación con sus semejantes, que buscar en las tinieblas del espíritu humano, el sentido del universo y de sí mismo. Le interesan los actos ajenos, para establecer comparaciones con su propia naturaleza y de ese modo «sentirse vivir».

De ahí la apasionada afición por las autobiografías. El mejor libro de un novelista, no nos gusta tanto como el relato de su propia vida. Una obra que se refiera a las aventuras, pobres o prestigiosas, de la propia existencia del autor, es siempre un documento humano. Los sabios deberían estudiarlo con la atención con que se observa a los insectos. Imagino la alegría de un entomólogo que pudiera leer las memorias de una hormiga o de un escorpión.

¿Hasta qué punto son autobiográficas las novelas de Joaquín Edwards Bello?

Si tomamos como ejemplo su última obra «Valparaíso, la ciudad del viento» es indudable que la mayor parte de ella es pura ficción. Sin embargo, en esa ficción quizás se encuentre la parte más buena, más sensible, más humanitaria de este hombre que es como un niño, y de este niño que es todo un hombre. Cuando al artista le está vedado realizar sus sueños, se conforma con vivirlos en su obra, que es la realidad más pura.

En «Valparaíso, la ciudad del viento», hay capítulos que parecen